

Es lo cierto que las córtes borbónicas, y señaladamente la de España celebraron con júbilo el advenimiento de Ganganelli á la silla pontificia, cifrando en él la esperanza de ver restablecida á su gusto la concordia entre las coronas régias y la Santa Sede. Hombre de expedicion el nuevo pontífice, gustaba de despacharlo todo por sí mismo, prescindiendo hasta de la colaboracion del secretario de Estado Pallarcino. No mostraba rehuir la cuestion jesuítica, antes él mismo hablaba á los cardenales y ministros de los príncipes con palabras y frases en que dejaba entrever sus favorables disposiciones, mas su tardanza en resolverla iba ya mortificando la impaciencia de los soberanos. Trocóse ésta en disgusto al verle publicar el breve *Cælestium munerum thesauros* (12 de julio, 1769), en el cual otorgaba las acostumbradas indulgencias á los misioneros jesuitas, «por el grande ardor, decia, con que saben procurar la salud de las almas, por su viva caridad hácia Dios y hácia el prójimo, y por su infatigable celo por el bien de la religion.» Juntáronse entonces los ministros de los soberanos, y á nombre de todos presentó Bernis (que habia reemplazado á Au-

sin mancilla, era querido y admirado por los personajes ilustres que solian visitar su celda...» —Ferrer del Rio, Reinado de Carlos III., lib. III. c. 2.º—Con estas prendas no eran incompatibles sus anteriores ideas, ni las aspiraciones que el otro historiador le atribuye, y que éste no niega,

sin otra diferencia que la de indicar este último habérselas despertado ciertos vaticinios de varones que vivieron en olor de Santidad.

Sobre su carácter y antecedentes pueden consultarse Novas, Saint-Priest, Artaud de Montor y otros.

beterre en aquel cargo) una enérgica memoria contra aquel breve, que al pontífice pareció prematura, y á la cual contestó con palabras que por un lado eran una reconvencion á la importunidad con que le angustiaban, y por otro indicaban su resolucion de abatir el orgullo con que los jesuitas hacian alarde y se mostraban arrogantes por el breve concedido á sus misioneros.

Lástima y dolor grande causa al que abrigue sentimientos verdaderamente católicos la lucha terrible en que se observa envuelto á Clemente XIV. desde el principio de su pontificado, ya entre sus propias ideas é inclinaciones, ya con las testas coronadas y sus representantes, ya con los miembros y los parciales del amenazado instituto de San Ignacio. En vano para complacer, ó mas bien para entretener á las córtes suspendia los efectos del monitorio dado por su antecesor contra el duque de Parma, restablecia las interrumpidas relaciones entre Portugal y la Santa Sede, rehusaba recibir en audiencia al general de los jesuitas, prohibia á estos religiosos predicar en ninguna de las iglesias de Roma durante el próximo jubileo, y suprimia la publicacion anual de la Bula de la Cena: no estinguia los jesuitas y las córtes le apretaban. Carlos III., que hizo recoger á mano real el Breve *Cælestium*, y daba órdenes á Azpuru para que reprodujera la solicitud de espulsion, no era ya el que mas ardientemente apuraba al papa: era el ministro de Francia Choiseul,

que en un despacho al cardenal Bernis le decia: «Yo creo con el rey de España que el papa es débil ó falso: débil, vacilando en hacer lo que su espíritu, su corazon y sus promesas exigen; falso, entreteniendo las coronas con engañosas esperanzas. En ambos casos las consideraciones son inútiles.....» con otras frases no menos fuertes que estas, y encargándole hiciese entender á S. S. que si dentro de seis semanas, ó á lo sumo dos meses, no tomaba una resolucion, los ministros del rey su amo se retirarian de la córte de Roma ⁽¹⁾. El ministro de España le ofrecia aproximar cuatro ó seis mil hombres por la parte de Nápoles, si lo creia necesario para obrar con libertad; oferta que el papa rehusó, diciendo que contaba con la proteccion de los monarcas, y sobre todo con la ayuda de Dios, para vencer las dificultades que le pu dieran ocurrir.

Tiempo pedia el papa que le dejáran para meditar, y datos y razones en que apoyar la espulsion. Para lo primero, esto es, para ganar tiempo, y para que no le hostigáran tanto los príncipes, ofreció aprobar motu proprio lo ejecutado con los jesuitas en Francia, España, Nápoles y Parma; para lo segundo proponia le enviáran una memoria comprensiva de todos los motivos generales para el estrañamiento de los religiosos de aquella órden. Con una declaracion sencilla manifestó contentarse la córte de España, no con una apro-

(1) Crétineau-Joly inserta dos el cap. V. del tomo V. de la Historia de los jesuitas. largos trozos de este despacho en

bacion espresa, y como necesaria para aquietar las conciencias. Y en cuanto á los motivos del estrañamiento, el gobierno español, en muestra de aceptarlo, pidió sobre ello dictámen, asi como sobre la necesidad de la estincion, á todos los arzobispos y obispos del reino, escitándolos á que emitieran con libertad y sinceridad su opinion, pero no sin anticipar el ministro la suya y sin indicar el deseo de S. M. Evacuaron los prelados sus informes, resultando de ellos que catorce, entre arzobispos y obispos, opinaron por la no necesidad de la estincion, pues los vicios de que pudiera adolecer la sociedad se podrian á su juicio corregir con la reforma ⁽¹⁾; treinta y cuatro aprobaron el estrañamiento, y se mostraron favorables á la estincion total de los jesuitas ⁽²⁾. Entre los dos dictámenes opuestos

(1) Fueron estos los arzobispos de *Tarragona* y *Granada*, don Juan Lario y don Pedro Antonio Barroeta; y los obispos, de *Málaga*, don José Laso de Castilla; de *Cádiz*, Fr. Tomás del Valle; de *Guadix*, don Francisco Alejandro Bocanegra; de *Ciudad-Rodrigo*, don Cayetano Cuadrillero; de *Oviedo*, don Agustín González Pisador; de *Santander*, don Francisco Laso Santos; de *Cuenca*, don Isidro Carvajal y Lancaster; de *Coria*, don Juan José García Alvaro; de *Teruel*, don Francisco Rodríguez Chico; de *Huesca*, don Antonio Sánchez Sardinero; de *Lérida*, don Manuel Macías Pedrejon; de *Urgel*, don Francisco Fernández de Jativa.

(2) Fueron estos, el arzobispo de *Toledo*, don Luis de Córdoba; el de *Sevilla*, don Francisco Solís de Cardona; el de *Burgos*, don José Javier Ramírez de Arellano; el de *Santiago*, don Bartolomé Rajón y Losada; el de *Zaragoza*, don Juan Saenz de Burnaga; el patriarca de las Indias, don Ventura La Cerda y San Carlos; y los obispos, de *Tébas*, Fr. Joaquín Eleta, confesor del rey; de *Barcelona*, don José Climent; de *Segovia*, don José Martínez Escalzo; de *Zamora*, don Antonio Jorge y Galvan; de *Valladolid*, don Manuel Rubin de Celis; de *Monzón*, don José Losada y Quiroga; de *Sigüenza*, don Francisco Delgado; de *Calahorra*, don Juan Luermo Pinto; de *Jaca*, don Pascual Lopez; de *Lugo*, Fr. Francisco Armañá; de *Badajoz*, don Manuel Pérez Minayo; de

se señalaron, por un lado, el obispo de Murcia, antiguo gobernador del Consejo, reprobando esplicitamente, así el estrañamiento verificado como la idea de la total espulsion: por otro el de Barcelona, el eruditísimo y sabio Climent, que avanzaba á decir, que aparte de los motivos reservados que pudiera tener el rey, eran sobradas causas para su estrañamiento la notoria mala doctrina de aquellos regulares, su conducta, y la evidencia de ser incorregibles: el de Mondoñedo, que daba mil veces las gracias al soberano por lo hecho, pues tenia las ideas y la política de los espulsos por incompatibles con la tranquilidad de los pueblos y con la pureza de la fé y de la religion: el de Segovia, que resumiendo todo lo malo que se habia achacado á los jesuitas, los designaba como perturbadores de los pueblos, enemigos de los obispos, maestros de una moral perversa, caudillos de conspiraciones, codiciosos de caudales, defraudadores de la real hacienda, y por último como pestilente contagio de la Iglesia católica; y así otros que fuera prolijo enumerar.

Segorbe, Fr. Blas Arganda; de *Córdoba*, don Martin Barrios; de *Osma*, don Bernardo Calderon; de *Tortosa*, don Bernardo Velarde; de *Plasencia*, don José Gonzalez Laso; de *Vich*, Fr. Bartolomé Sarmentero; de *Astorga*, don Juan Merino y Lumberas; de *Gerona*, don Manuel Antonio Palmero; de *Orense*, Fr. Francisco Galindo; de *Salamanca*, don Felipe Beltran; de *Tarazona*, don José Laplana; de *Orihuela*, don José Thormo; de *Albarracin*, don José Molina; de *Solsona*, Fr. José de Mezquia; de *Ceuta*, don Antonio Gomez de la Torre; de *Valencia*, el obispo auxiliar; de *Mallorca*, don Francisco Garrido de la Vega; de *Canarias*, Fr. Juan Bautista Servera.—No se recibieron los informes de los de *Avila* y *Leon*, don Miguel Fernando Merino y don Pascual de los Herreros.

Pero antes que los informes del episcopado español fueran enviados á Roma, ya el pontífice se habia visto estrechado á dar en la cuestion un paso de gran compromiso, no obstante su estudiada indecision y su calculado retraimiento. Habiéndose quejado Carlos III. á la córte de Versalles de la lentitud y flojedad de su embajador en Roma el cardenal Bernis (que en efecto por egoismo personal no se conducia en conformidad á las instrucciones que habia recibido), exigiendo que se le retirara la embajada, el diplomático cardenal francés, á quien agradaba mucho el puesto y la vida de embajador, á fin de no perder su posicion indujo al atribulado pontífice á que desenojara al rey de España escribiéndole una carta, en que le pedia tiempo para decretar la supresion total de la Compañía, comprometiéndose ya en términos esplicitos á hacerlo, añadiendo que lo reconocia indispensable, «por que los miembros del Instituto habian merecido su ruina por la inquietud de su espíritu y la osadía de su conducta.» Apresuróse Carlos III. á recoger esta prenda, respondiendo á su carta con la siguiente: «Muy Santo Padre: Me deja lleno de consuelo la venerada carta de V. B. de 30 del pasado, en que se digna darme las seguridades mas firmes del ánimo en que se halla de atender á las súplicas que le hemos hecho los reyes, mi primo, mi hijo y yo, y doy á V. S. las mas rendidas gracias por el trabajo que personalmente ha querido tomarse en la reunion y exá-

»men de los monumentos de que se ha de valer para la expedición del motu propio aceptado, y la formación del plan tocante á la absoluta abolición de la Compañía, que V. S. ofrece comunicarme. Si la paz y la concordia es el mayor bien de la Iglesia, y el que yo la deseo y solicito con las veras mas íntimas, á V. S. deberemos con esta abolición el restablecimiento de una felicidad que ya no se gozaba. Mi confianza en V. S. es tan grande, que ya miro como logrado este bien desde el punto que V. B. me lo anuncia.—Viva V. S. asegurado de mi reconocimiento; oiga benignamente lo que don Tomas Azpuru le signifique en mi nombre, y pidiéndole nuevamente su apostólica bendición para mí y toda mi familia, ruego á Dios guarde á V. B. muchos años, etc. Madrid 26 de diciembre de 1769.»

A pesar del compromiso en que aquella promesa explícita envolvía ya al papa Clemente, y del aliento que podía darle para marchar resueltamente por aquel camino el resultado general del informe de los preladados españoles, y no obstante que en los principios del año siguiente (1770) continuaba el pontífice asegurando que estaba ya corregido y corriente el Motu propio para el saneamiento de lo ejecutado con los jesuitas, y que no se haría esperar mucho el de la absoluta abolición, y que escribía á Carlos III. rogándole que no desconfiara de su sinceridad, y que elogiaria su proceder cuando supiera los motivos por qué retardaba el

cumplimiento de su oferta ⁽¹⁾, con todo eso la resolución no salía. Por mucha firmeza de ánimo que aparentaba el pontífice, traslucíase demasiado que su espíritu se hallaba atormentado de inquietudes y zozobras. A la irresolución de su carácter, á su genial retraimiento, que le indujo á vivir casi aislado como cuando moraba en la celda de los Doce Apóstoles ⁽²⁾, eran debidas aquellas vacilaciones, mas que á apego que tuviese á los jesuitas, que de no tenerle estaban convencidos ellos mismos. Sin embargo, en este estado vino á reanimar sus esperanzas la caída de uno de sus mayores enemigos, el duque de Choiseul (diciembre, 1770), ministro de Luis XV., y su reemplazo por el duque de Aiguillon, que siempre había sido muy querido de los jesuitas, y que teniendo venganzas que tomar de su antecesor, disolvió la corte judicial como él había disuelto la Compañía de Jesús, y trató sin piedad á los magistrados que se habían mostrado mas inexorables con los hijos de San Ignacio. Con es-

(1) Carta de S. S. al monarca español, de 28 de junio de 1770.—A ella contestó el rey en 17 de julio, que nunca había desconfiado de su sinceridad y constancia, y que continuaba fiando en su oferta, si bien el público extrañaba ya la dilación, y hacia sobre ello juicios y comentarios diversos, por lo cual le volvía á suplicar procurara desengañarle á la mayor brevedad que le fuese posible.

(2) «Los jesuitas saben que se

solicita su abolición, escribía de Roma el P. Garnier; pero el papa guarda un secreto impenetrable. No ve mas que á sus enemigos. Ni cardenales ni preladados son llamados á palacio, ni se acercan á él sino para las funciones públicas.»—Y todos convienen en que sus dos únicos confidentes eran el P. Buontempi y el P. Francisco, ambos religiosos del convento de los Doce Apóstoles.

to coincidió la caída del ministro de Parma, marqués de Felino, con la circunstancia de enviar la corte de Madrid á residenciarle á don Pedro Ceballos, el protector de los jesuitas en Buenos Aires. Cobraron con esto brios los regulares de la Compañía, y creyeron mudado para ellos el viento de la fortuna.

A mayor abundamiento, el ministro de España Azpuru habia enfermado gravemente; despues de haber estado al borde del sepulcro, quedó tan achacoso, que ó bien con el ánsia de alargar algo la vida salia á respirar aires mas puros fuera de Roma, ó aunque estuviese en la ciudad santa no se hallaba en estado de asistir á las audiencias pontificias. Nombrado arzobispo de Valencia, no pensaba ya en otra cosa que en no morir sin el capelo, que el pontífice le habia varias veces prometido, y el que ántes habia sido el mas activo negociador de la espulsion de los jesuitas, ya no cuidaba sino de asir la púrpura, aun con aquella mano trémula que apenas tenia fuerza para firmar los despachos. Y al fin, despechado de ver pasar consistorios sin cumplirse las promesas, cuando en cada uno que se celebraba creia segura su promocion, hizo renuncia de su cargo. A reemplazarle interinamente y á seguir gestionando la cuestion jesuítica fué enviado el conde de Lavaña, mariscal de campo, hombre honrado, prudente, capaz é instruido, pero estraño por su carrera á esta clase de negocios. No se pudo experimentar cómo desempeñaria su nuevo cargo, porque en su viage

á Roma murió en Turin, su patria, de un ataque de apoplejía fulminante.

Todo pues parecia presentarse, si no propicio á la causa de los jesuitas, por lo menos en camino de dilatarse el golpe que tan de cerca los habia amenazado, entibiándose el ardor con que las potencias habian seguido hasta entonces aquella negociacion. Ni era estraño que todas estas circunstancias hicieran revivir las esperanzas, ya casi del todo muertas, de los jesuitas, y mas viendo pasarse todo el año de 1771 sin las vigorosas acometidas de los anteriores, y al papa como gozando de cierto reposo, si bien no dejando de entretener á las cortes borbónicas repitiéndoles de tiempo en tiempo que perseveraba en el propósito de cumplir su promesa, y aun halagando á los soberanos de Francia y España con una idea que en diversas ocasiones les habia anunciado, á saber; el proyecto de hacer un viage á los dos reinos y conferenciar con los dos monarcas, lisonjeándose de que pocas pláticas bastarian para quedar todos acordes en la manera de conciliar los intereses de ambas potestades, de poner en armonía las coronas y la tiara, y de restituir por completo la tranquilidad y el reposo á la Iglesia y á las naciones.

Mas no tardaron en irse desvaneciendo de nuevo las ilusiones de los regulares de Loyola y de sus parciales é interesados en su conservacion, los cuales no habian contado con dos cosas, con la perseverancia

inquebrantable de Carlos III. en sus propósitos, y con la política que habria de seguir el nuevo ministro de Francia duque de Aiguillon, en cuya antigua adhesion tanto confiaban. No correspondió en verdad á sus antecedentes el ministro de Luis XV. El poder le deslumbró y le cambió. Dispuesto á complacer á Carlos III. de España, y sabedor de que éste acusaba al embajador francés Bernis de tibio en sus gestiones para con el papa, quiso darle una prueba de su devoción entregando al conde de Fuentes, embajador de España en París, los despachos del embajador de Francia en Roma. Los jesuitas vieron en esto una especie de apostasía en Aiguillon. Y en cuanto á Carlos III, no quedó ya duda de su decision al verle enviar á Roma (mayo, 1772) en reemplazo de Azpuru, al fiscal del Consejo de Castilla y del Extraordinario, don Jose Moñino, autor del *Juicio imparcial* sobre el Monitorio contra Parma, «*buen regalista, como decia el mismo rey, prudente, y de buen trato y modo, pero firme al mismo tiempo y muy persuadido de la necesidad de la estincion de los jesuitas, pues como todo ha pasado por sus manos ha visto cuán perjudiciales son, y cuán indispensable es el que se haga* (1).»

Con razon sobresaltó al papa Clemente el envío de un plenipotenciario como Moñino, de quien temia le habria de hacer salir de aquella estudiada y sistemá-

(1) Carta de Carlos III. á Tanucci, de 21 de marzo de 1772.

mica indecision, y no nos maravilla que esclamára, como dicen, al saberlo: «*Dios se lo pague al rey católico!*» Porque don José Moñino (tan célebre después con el título de conde de Floridablanca), en el vigor de su edad, hombre de carácter y teson, de instruccion y talento, consagrado enteramente al soberano que le habia elevado, á realizar sus terminantes instrucciones, y á acabar con las contemporizaciones del cardenal de Bernis, con facultades que para ello llevaba tambien del ministro de Francia Aiguillon, intimidó á los jesuitas y asustó en cierto modo al mismo pontífice, que previó el giro abierto y desembozado que el ministro español habria de dar á la negociacion, y que no habia de ser posible apelar á moratorias y mantener las oscilaciones en que se iban pasando años. Asi fué que desde la primera entrevista (13 de julio, 1772), si bien en el principio afectuosa por parte de ambos, como el papa contestase á las vigorosas insinuaciones del ministro español que estaba resuelto, pero que el negocio requería *tiempo, secreto y confianza*, replicóle Moñino entre otras cosas, que «el rey su amo, al mismo tiempo que era un príncipe religiosísimo, que veneraba á S. S. como padre y pastor, y le amaba tiernamente por su persona, era un monarca dotado de una gran fortaleza en todas las cosas que emprendia despues de haberlas examinado maduramente, como sucedia en el negocio actual; que era igualmente sincero, y tan amante de la verdad y buena fé como enemigo de

»la doblez y del engaño, que mientras no tenía motivo de desconfiar, se prestaba con una efusión y blandura de corazón inimitables, y que por el contrario, »si una vez llegaba á entrar en desconfianza, por que »se le diese materia para ello, todo estaba perdido (1).»

En aquella misma conferencia, pidiendo Moñino á S. S. le señalase audiencia en día fijo, como lo acostumbraba con los ministros de Francia y de Nápoles, respondióle el pontífice que lo haría tan pronto como tomase unos baños que necesitaba para curarse una erupción cutánea que le había salido, y añade el ministro embajador que en muestra de ello tuvo el pontífice la bondad de enseñarle los brazos desnudos. De aquella acción de Clemente, que pudo acaso ser sencilla, han deducido los enemigos de Carlos III. y de su representante en Roma, que queriendo el papa ablandar la dureza de Moñino por compasión á su salud, y viéndole en una desesperante incredulidad, tuvo que apelar el desgraciado Ganganelli para convencerle á mostrarle sus brazos desnudos, cubiertos de una erupción herpética. «Tales eran, esclaman, los medios empleados por el papa para ablandar al agente de Carlos III. Así es como le pedía gracia de la vida! (2).»

(1) Primer despacho de Moñino al ministro Grimaldi, 16 de julio, 1772.

(2) De esta manera lo interpreta Saint-Priest en su Historia de la caída de los jesuitas, y de

él lo tomó Crétineau-Joly en la suya de la Compañía de Jesús. Lo que nos induce á creer que el hecho no tuvo tal significación es la manera sencilla como lo cuenta Moñino en su despacho, único

Lo que no puede negarse es, que acostumbrado el papa á tratar con Azpuru, á quien siempre logró entretener con efugios, con Bernis, que se señaló por sus contemporizaciones, y con los ministros de Portugal y de Nápoles, que no eran dechados de sutileza, sufría mucho experimentando desde el principio que se las había ahora con un hombre de tanto ingenio como resolución, que no admitía escapes ni dilatorias, y que se proponía ó arrancar un desengaño, ó llegar por la vía mas breve á su propósito y objeto. Ingenióse Moñino y se manejó de modo que obtuvo la confianza del cardenal Macedonio, secretario de memoriales, por quien se impuso del verdadero carácter del pontífice: hizo al cardenal de Bernis renunciar á su conducta ambigua y acomodaticia, y convenir con él en la necesidad de instar al papa á que se explicara sin ambages: al embajador de Nápoles, cardenal Orsini, y al agente de Portugal, Almada de Mendoza, antes poco discretos en su conducta, á guiarse por él y no apartarse de sus consejos. En una palabra, el ministro mas moderno de las cortes en Roma se atrajó á todos,

documento que citan estos mismos escritores.

Bien que Crétineau se muestra tan apasionado, que á poco de referir este hecho á su manera no tiene reparo en añadir, que »Floridablanca (asi le llama ya) »parecía aplastar al papa con toda su fuerza física: que implacable como la fatalidad, perseguía á su víctima hurtándole todas las vueltas, y no concediéndole

ningun reposo. Leyendo, prosigue, esta persecución inaudita, estudiándola en sus detalles mas minuciosos, no hay que buscar quien fué el asesino de Clemente XIV., si le hubo. Ganganelli no murió con el veneno de los jesuitas: le mataron las violencias de Floridablanca. —No sabemos cómo pueda un escritor descubrir mas su apasionamiento.

los dominó á todos con su decision y su inteligencia, y dió unidad de accion á los representantes de las coronas, aunando los esfuerzos de todos para activar é imprimir energía á la negociacion. Por último, logró tener conferencias secretas con el padre Buontempi, el único hombre, al decir unánime de los escritores, de la confianza de Clemente XIV., y que ejercia en él influencia, por quien supo muchas circunstancias que le servian de gobierno, y á quien apretó para que el papa le diese la segunda audiencia que andaba esquivando.

Interesantísima es, á la par que curiosa desde esta época, la correspondencia oficial y confidencial del embajador Moñino; porque en ella se ve gráficamente retratada una lucha diplomática entre él y el gefe de la Iglesia, sostenida por ambas partes con talento, ingenio, constancia y disimulo, del uno para arrancar una resolucion sin que pareciese violenta, del otro para eludir la sin que pareciese negarla. Hé aqui en qué términos da cuenta Moñino de aquella segunda audiencia en despacho de 27 de agosto (1772): «Pasó S. S. á hablar-me de los *corvinos* (asi llama á los jesuitas), y me dijo, con igual encargo del secreto, que iba á quitar-les las facultades de recibir novicios, y á cortarles los subsidios que recibian de la cámara apostólica por varios medios..... Inmediatamente dije que los remedios paliativos siempre producian iguales consecuencias, y que mientras no se resolviese esta cura

» radical que habian propuesto los soberanos, se vendria á parar en las mismas debilidades.—Me respondió el Santo Padre, que si él pudiera hacer lo que los reyes, que los habian arrojado de sus dominios, tendria el caso menos dificultades; pero que habiéndose de quedar con ellos dentro, era de considerar y temer el gran partido que tenian sus amenazas, asechanzas, venenos y otras cosas.—Le contesté que todo se debía temer hasta que diese el último golpe; pero que una vez dado, inmediatamente experimentaríá que debian cesar los temores, asi porque faltaba la causa ó el agente que daba impulso á toda la máquina, como porque la impresion del mismo golpe sorprendia y aturdia, como se habia experimentado en España con la espulsion.—A todo esto añadí que tenia prontos de parte de S. M. todos los auxilios que necesitase para hacerse respetar: á cuya promesa me respondió, que estaba pronto á la muerte y á todo; que estas cosas eran como *las labores de mosaico*, que se componian de muchas piezas y requerían tiempo para ajustarse todas; que le dejase hacer y que veria las resultas.....—Con la mayor sagacidad que pude signifiqué á S. S. que todo estaba bien como no hubiera pasado tanto tiempo, el cual necesariamente habia de introducir la desconfianza en las córtes, como en efecto amenazaba cada dia mas este momento....⁽¹⁾»

(1) Además escribia reservadamente al ministro Grimaldi, quejándose del papel que allí se veía precisado á hacer, parecido